

Producido ya como "objeto ideológico" el proceso del "despertar" del "Alma" a través de la dialéctica de la "luz" que evoca la fuerza creadora y se identifica con el "espíritu", se engarza ahora, en la serie de "Música de mediodía", al signo "luz" el signo del "sol" que es la imagen de la "visibilidad" del "Absoluto" y oníricamente es el portador de la conciencia que llega a las "almas" al ser "despertadas" por el fluido de la luz y del calor. La cadena significativa de la "luz" es la formulación de la fuerza productiva. La luz se transmuta en fuego: "los colores del espíritu en llamas". El fuego del alma debe ser siempre mediodía, pues aquí es donde la luz alcanza su cénit: "es el perfecto momento/de mirarte, agradecer/ la sazón de tus labios, y lo hago/envuelto entre tu música dorada". La dialéctica productiva del "agua" es paralela en todo el proceso de la "luz", pero ahora es cuando se produce un engarzamiento total entre ambos elementos: "...Un agua en llamas". En este momento del devenir de la "luz" se producen una serie de nociones encadenadas como efecto de la dialéctica productiva de la "Luz" y del "agua". Nos referimos a las nociones de la espera y de la nostalgia. En el cénit del resplandor del "Absoluto", cuando la contemplación tiene lugar en el momento perfecto, entonces es cuando surge el miedo. El miedo es el efecto de permanecer en "ese quicio/de la memoria rota": "...Si, en viniendo/la memoria, incendiase tu mirada/ esta espera en que vivo miedo abajo/de que quizás no exista tu fulgor". Ante este miedo "el alma" anhela, desea conocer, aunque sea imperfectamente. El anhelo o el deseo del "alma" se expresa en versos como éstos: "...Si el tiempo, seco de raíces, se fuera/ a desplomar entero como un árbol/ante tu sol". La "visión" no es posible y esta dificultad produce la noción de la "espera": "Precioso es esperar. Se espera siempre". La "espera" es el efecto de la imposibilidad del contacto. En los poemas de "Música de amanecer" encontrábamos versos como: "No tocaré este rostro, no lo haré/ hasta que pasen siglos, crucen rosas;/no se cuarteen los mapas de ternura/y el cosmos sea verdad, no tenga miedo/el río a que lo bese, y la manzana/desnude su pudor...". El "armazón" teórico lo encontramos en Platón: el mundo sensible no es en realidad un "verdadero" ser; no es ser, sino sólo idea aparente. El mundo de las ideas es el verdadero mundo, el que "es" en verdad. Mientras el mundo sensible no sea el mundo de las ideas no será posible el "contacto". El pensamiento se enuncia en el momento del amanecer como "ancha selva", como oscuridad, y ahora en el mediodía se inunda de "luz" cuando "el sol (...)me sube al pensamiento". Así es como el alma recobra la conciencia, y ello produce la noción de la nostalgia: "Tú eres ahora manos de nostalgia". El "alma" tiene ya conocimiento de su exilio: "Da pena/ sentirse en el exilio". El proceso de la dialéctica del discurso arteaguiano llega ahora a su cénit: "Creo tu desnudez"; "Me desnudas/las olas y los ojos"; "Abrimos puertas/ al misterio". El "alma" va adquiriendo forma y el "Absoluto" es traslucido. El goce de la liberación se transforma en la dificultad de expresarse: "un agua en llamas/se choca entre los dientes, la escollera/del corazón". Puesto que el contacto no es posible hasta que el alma retorne al mundo de la Idea, el goce de la liberación lleva a la nostalgia: "Tienes huellas/de viajeros y naufragos". Al no ser posible el contacto en este cénit, el poeta nos invita a que "vivamos ese momento incontinente": una invitación a gozar del presente porque su fugacidad implica la necesidad de aprovecharlo.

El problema del conocimiento es inseparable del "despertar" del alma que recupera la memoria. El día funciona como signo de la luz en movimiento y en la "tarde" se hace "memoria del paisaje". Valentín Arteaga concibe la vida en su poética a través de los signos del movimiento: el agua, la luz, los ciclos del día y de las estaciones.